

era más favorable, he podido indicar manantiales para la tercera ó cuarta parte de los suscritores; en otros no he podido hacer indicaciones sino para la séptima ú octava parte de aquellos que me habían llamado.

El número de indicaciones, comparado al de las demandas, hubiera sido en una proporción mucho más grande si en todas partes hubiese tenido yo el terreno á mi disposición; quiero decir, si los suscritores hubiesen sido propietarios de muchas hectáreas de terreno en torno de sus casas; pero la mayor parte de ellos no tenían más que un patio, un huerto y á veces un verjel de algunas áreas de extensión. Como dista mucho de que haya un manantial en cada hectárea de terreno, se ha seguido de aquí que el mayor número de aquellos que me han llamado no han tenido manantial dentro de su propiedad, y que con mucha frecuencia se habrían hallado éstos muy abundantes, poco profundos y muy cerca de sus casas; pero estaban situados dentro de la propiedad del vecino.

Los propietarios, en cuyas posesiones conocía yo que no había ningún manantial, tenían á lo menos la ventaja de saber que no debían hacer jamás ningún gasto para buscarlo, y que para procurarse agua no les quedaba sino uno

de los cuatro medios indicados en el capítulo precedente. Yo tenía cuidado de aconsejarles aquel que era más conveniente á su posición, y este consejo era siempre gratuito.

Desde 1832 hasta 1853, mis viajes han durado regularmente desde 1º de Marzo hasta el 1º de Julio, y desde el 1º de Septiembre hasta el 1º de Diciembre de cada año. Todos los días, excepto los domingos y fiestas, trabajaba desde la salida del sol hasta que se ponía, yendo á caballo de un punto á otro, sin detenerme más que una hora diaria entre diez y doce. Todos los manantiales que indiqué fueron registrados.

Cada escritura de indicación expresa la situación del manantial, su profundidad y su volumen, y está firmada por el propietario del manantial y por muchos testigos. A ese propietario se le ha entregado siempre un extracto de mi registro, en el cual yo me he obligado á devolverle los honorarios si en el lugar y en la profundidad declaradas no se hallaba un manantial como yo lo había anunciado, con la condición de que debería hacerse la excavación dentro de un año.

En 1854, habiendo llegado á la edad de sesenta y cuatro años, y sufriendo achaques que no me han permitido viajar más, me he visto obli-

gado á dar aviso de ello á los 37 departamentos que me habían enviado más ó menos demandas. Después me he ocupado en revisar el libro que había compuesto en 1827 sobre el *Arte de descubrir los manantiales*, y he hallado que este primer trabajo contenía, como todas las teorías que no han tenido aplicación, algunos principios demasiado absolutos, que la práctica me ha enseñado que debía modificar, y que faltaba en él un grandísimo número de hechos y observaciones que los viajes me han aconsejado que debían añadirse.

Yo no puedo terminar este capítulo sin ceder á la necesidad que experimento de manifestar mi gratitud á los ilustrísimos señores arzobispos y obispos, á los pares, á los diputados, á los prefectos, á los subprefectos, á los miembros de las audiencias, á los jueces de los tribunales y á los hombres célebres por su saber que he encontrado en mis viajes, por la benevolencia y atenciones con que se han dignado honrarme; á los suscritores y á los curas por la cordial hospitalidad que han tenido á bien darme; todos me han tratado, no como á un extranjero, sino como á un íntimo amigo ó pariente que hubiesen visto por la primera vez después de una larga ausencia; á los miembros de los ayunta-

mientos y á los vecinos de casi todos los pueblos, que han querido saludar mi llegada con demostraciones tan simpáticas, y seguir mis exploraciones con tanto interés y celo.

Los innumerables rasgos de bondad que se me han prodigado en todas partes, y que yo me complazco en recordar y contar á mis amigos en el fondo de mi retiro, excitan en mí los sentimientos de la más viva gratitud, y puedo asegurar que no se extinguirán sino con mi vida.

La solicitud que los vecinos de los pueblos que yo visitaba han tenido en seguir y observar á aquel que ellos se imaginaban ser un personaje digno de ser visto, me hace creer que algunos de aquellos que no le han visto tendrán tal vez la curiosidad de leer las descripciones que de él han hecho algunos periódicos, de los cuales deberán, sin embargo, cercenar algunos rasgos evidentemente lisonjeros.

La Universidad Católica, tomo IX, Febrero de 1840: "El sabio y modesto abate llega escoltado de las notabilidades del pueblo que han ido á recibirle en sus confines: le aprietan, le rodean, le examinan; todos quedan sorprendidos al ver que viaja solo, á caballo, un hombre de alta talla y robusto, vestido de negro, de un semblante franco y cándido, frente ancha, mi-

rar penetrante, que sonríe con amabilidad y se apresura á declarar á los habitantes que le manifiestan una halagüeña impaciencia que está distante de tener el don de hacer milagros, sino solamente un poco de práctica en descubrir los medios de que se sirve la naturaleza para transportar y hacer circular las aguas ocultas en el seno de la tierra.

“Nada más sencillo y más modesto que el exterior y los modales de este buen sacerdote, el que, no obstante, sabe ser interesante en otros objetos distintos de los de su ciencia especial.”

El *Echo des Cevennes*, 23 de Mayo de 1841: “La modestia de M. Paramelle no cede en nada á la sencillez de su traje. De una estatura alta y robusta, de un aspecto interesante y amable, su fisonomía revela la inteligencia y la sinceridad. Su conversación ni es brillante ni afectada, pero siempre sólida y útil. Dotado de una grande penetración de espíritu, posee el arte de juzgar á los hombres. Muy lacónico en sus respuestas, no le gusta que se le hagan cuestiones multiplicadas, intempestivas y vanas.

“Este hidróscopo, más útil á la sociedad que el más grande conquistador, pasa su vida sin ruido, sin brillo y sin ostentación, pero descubre en todas partes preciosos tesoros.”

El *Correo de la Drôme*, 27 de Noviembre de 1842: “El abate Paramelle tiene cincuenta y dos años á poca diferencia. Su estatura es alta y derecha, y su salud tan robusta, que tiene todo el verdor y toda la fuerza muscular de un hombre mucho más joven. La sencillez de su traje es extrema y viene á ser proverbial. Ordinariamente lleva vestidos negros que recuerdan siempre su calidad de sacerdote, los cuales no deben, á buen seguro, incomodarle mucho si no es por su anchura.

“Su semblante es calmoso, interesante y amable; sus miradas investigadoras y penetrantes, y sus modales sencillos, pero siempre atentos. Su fisonomía anuncia la inteligencia y la sinceridad. Es verdad que en el conjunto de su persona hay un poco de aspereza montañesa; pero desagrada tanto menos, cuanto que debajo de esta rústica cubierta se adivina desde luego un alma bella y un espíritu fino y agudo. Su conversación no es brillante ni acicalada; pero, por otra parte, es breve, lúcida y siempre útil y sólida. Al abate Paramelle no le gustan ni las frases ni los fraseologistas, y acorta todas las cuestiones ociosas con que le abrumen.

“Muchas veces, y en especial en los países faltos de agua, el anuncio de la llegada de M.

Paramelle es un suceso notable. Creen las gentes ver venir un hombre enviado del cielo, como otro Moisés, y salen á recibirle: le aprietan, le cercan, le examinan, le preguntan; pero él se queda impasible, y más bien fija la vista en el país, en el terreno, en sus accidentes, en su vegetación, que en las buenas gentes que andan solícitas alrededor de su persona. Pasado este primer momento, sonrío con amabilidad, y declara desde luego, y casi de la misma manera en todas partes, que él no es ni un santo ni un hechicero."

El *Diario del Ain*, 14 de Abril de 1845: "El abate Paramelle tiene unos cincuenta y cinco años. Como á una estatura alta reúne una constitución casi atlética, no parece que altere su salud la vida trabajosa que lleva. En su fisonomía se ve nn conjunto de natural bondad y de finura. Su frente es ancha, su ojo expresivo y su tez muy colorada; su traje es negro, y lleva un sombrero redondo con alas anchas."

La Esperanza, de Nancy, 18 de Noviembre de 1847: "A primera vista la fisonomía de M. Paramelle, y asimismo su talante, tienen algo de muy ordinario; pero cuando se le examina de cerca, sobre todo durante sus exploraciones, se ve lucir en sus ojos azules y meditabundos el rayo de la inteligencia.

"Cuando M. Paramelle está conversando, sus facciones toman un aire jovial y fino que desarruga la frente del pensador.... Su mirada investigadora se pasea por la superficie de los terrenos; los estudia, los sondea y los conoce, por decirlo así, en un abrir y cerrar de ojos.... Cuando recorre el territorio, le veréis que os indica de muy lejos los manantiales que hay descubiertos, el volumen de sus aguas, etc., y esto con una precisión y con una exactitud que os sorprenden y os hacen mirarle como una especie de adivino."

La Tribuna, de Beaune, 4 de Abril de 1849: "El abate Paramelle es un hombre que viste con sencillez y lleva sobre una figura colorada el sello del hombre de bien. Lleva una vida muy frugal y muy activa: muy de mañana, y en ayunas, parte de la posada donde ha pasado la noche, y anda á caballo, leyendo su breviario, hacia el lugar en donde se le espera; almuerza á eso de las once y escoge los manjares más simples.... Tiene el genio inclinado á la chanza y dice de buena gana un chiste."

El Espectador, de Dijon, 12 de Mayo de 1849: "Debajo del exterior sencillo y franco del abate Paramelle se adivina fácilmente una inteligencia fuerte y profunda, por más que se compare

modestamente á las cañas. Su conversaci3n descubre un esp3ritu cultivado, no s3lo con el estudio de la geolog3a, sino tambi3n con el de otras muchas ciencias. Ha le3do mucho y retenido mucho.... Su frugalidad llega á tal punto, que comer y beber casi no se cuentan por nada en su vida. La verdad es el fondo de su car3cter; puede engañarse, pero á lo menos no engaña á sabiendas."

CAPÍTULO XXXI.

MANANTIALES HALLADOS SIGUIENDO ESTA TEORÍA.

Sin duda desearía el lector saber exactamente todas las veces que he acertado y todas las que no he acertado desde el primer día de mis exploraciones, y mi más ardiente deseo fuera darle esta satisfacci3n; pero para ello sería preciso que todos aquellos que hicieron excavaciones con arreglo á mis indicaciones, hubiesen sido exactos en darme parte de los resultados, y los alcaldes en dar fe de ellos, y esto, ni los unos ni los otros lo han hecho.

Como yo me obligaba por escrito, por lo que respecta á cada particular, á devolverle los honorarios en el caso de no salir ciertas mis indicaciones, todas aquellas que no fueron exactas se hicieron constar en regla por medio de procesos verbales que se han remitido á los corresponsales que había establecido en las capitales de los departamentos para reembolsar los honorarios; pero cuando se trataba de hacerme saber que mis indicaciones habían sido exactas y hacerlas constar, no sucedía así. A pesar de las recomendaciones más expresas que hacía en el acto de cada indicaci3n de que me diesen aviso del resultado de la excavaci3n, sea el que fuere, puedo afirmar que, de 10,275 indicaciones que tengo hechas en los veinticinco años que han durado mis exploraciones, no ha habido cincuenta particulares que se hayan tomado el trabajo de escribirme para hacerme saber la exactitud de mis indicaciones. Los unos no lo han hecho por temor de que el manantial se perdiese más adelante, y que esta declaraci3n escrita no les quitase el derecho de pedir la devoluci3n de los honorarios; los otros, por falta de tiempo, y otros, en fin, por pura apatía.

Durante los catorce años primeros envié á los alcaldes de los pueblos, en los cuales estaban